

LADISLADA.—Cállese usted, so bruta.

DON PEDRO.—(Conmovido, radiante.) Gracias, gracias, amigos del alma. (Todos aplauden y chillan. Aparecen por la izquierda el Marqués y la Superiora. Los viejos se contienen, asustados.)

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, LA SUPERIORA.

SUPERIORA.—¿Qué es esto?

MARQUÉS.—¿Qué ocurre?

SOR BONIFACIA.—Nada, señor... les he permitido que se embriáguen de ilusiones... por un momento no más.

SUPERIORA.—¡Qué escándalo!

MARQUÉS.—No se asuste, Madre. Es la hora de Carnaval que, según la fundadora, debe concedérseles una vez por semana.

POLIDURA.—¡Aúpa! (Le cogen por las piernas y le levantan en alto, aclamándole.)

DON PEDRO.—Pueblo mío, honrado pueblo, gracias. Pedro Minio os promete consagrar toda su vida á vuestra felicidad.

TODOS.—¡Viva Pedro Minio! (Responden con ruidosa exclamación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la vivienda privada del patrono de La Indulgencia.—

El fondo de la estancia es todo de cristales, con las ventanas del centro abiertas; al extremo de la izquierda, puerta practicable.—Forillo de jardín.—A la derecha, dos puertas: la de segundo término comunica con el comedor y habitaciones altas de la casa; la de primer término, con la cocina y dependencias inferiores. A la izquierda, primer término, puerta que da al patio; en el testero, un armario grande practicable.—Mesa en el centro; sillones y sillas.—Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

LA SUPERIORA, SOR VICENTA, EL DOCTOR;
después SOR BONIFACIA.

SUPERIORA.—¿Sacó usted ya la mantelería?

SOR VICENTA.—Sí, señora: ya está en el comedor.

SUPERIORA.—(Señalando al armario.) La cristalería fina está aquí.

DOCTOR.—(Entrando por la izquierda.) Buenos días, Madre y Hermana.

SUPERIORA.—Dios le guarde, Doctor.

DOCTOR.—¿El Marqués ha bajado?

SUPERIORA.—No tardará.

DOCTOR.—Me citó para revisar juntos la Estadística sanitaria. (Reparando en el traje de Sor Vicenta.) ¿Afanaditas, eh... preparando una linda mesa?

SUPERIORA.—Sí, señor... Y que en esta choza del señor Mar

qués no faltan medios para obsequiar decorosamente á una familia millonaria.

DOCTOR.—¡Calamidad como ella!

SUPERIORA.—Perdone un momento. (A la Hermana.) Los búcaros de porcelana y los centros de plata están aquí. (Vuelve frente al Doctor.) ¿Les ha hecho usted ya la visita de médico?

DOCTOR.—Sí, por mis pecados. Por cierto que tomarán al pie de la letra los términos de la invitación. A las diez estarán aquí.

SUPERIORA.—Es mucho madrugar para un convite.

DOCTOR.—Ya he dicho á usted que esa borrega de oro es un conglomerado de insubstancialidad y egoísmo. Ahora le da por engalanarse de religiosidad. Farsa, moda. Y hoy viene á oír en nuestra capilla la misa de las diez y media.

SUPERIORA.—Ya.

SOR BONIFACIA.—(Entra por la izquierda con una carga de flores y ramaje.) ¿Será bastante? (Lo pone en la mesa.)

DOCTOR.—A mí me parece demasiado, Hermanita. No se trata de adornar altares.

SUPERIORA.—Nada de aglomeración de ramilletes, ni ponerlos en alto, estorbando que los comensales se vean unos á otros.

DOCTOR.—Pues me desdigo. Ponga usted un gran ramo de altar entre mis ojos y el bulto imponente de doña Marcolfa. (Rien las Hermanas.)

SOR BONIFACIA.—Déjenme á mí. (Clasificando las flores por clases y tamaños.) Yo sé dar al altar lo que es del altar y á la mesa lo que es de la mesa.

SUPERIORA.—(Al Doctor.) No se escapa usted, porque la tendrá á su derecha.

DOCTOR.—Dios sea conmigo.

SUPERIORA.—(A Sor Vicenta.) Ya puede llevar esto al comedor. (Sor Vicenta, llevándose la cristalería y bandejas de plata, se va por la derecha, segundo término.)

DOCTOR.—Oiga, Madre Luisa. Ya se va clareando el misterio de la fundación que proyectan esos pobres ricos. Las medias palabras de Hortensia y el silencio de Abelardo dejan traslucir que su idea es entregar el mi-

llón de pesetas á un Instituto similar ya creado y en funciones.

SUPERIORA.—El nuestro no será. El Marqués no admite donativos, que siempre traen imposiciones y exigencias.

DOCTOR.—Estos dineros locos van por otros caminos, á lo que he podido entender.

SOR VICENTA.—(Que vuelve del comedor.) Ya llega el automóvil de esos señores.

SUPERIORA.—Pues no hemos sentido... (El Doctor se asoma al ventanal.) Y seguramente, Doctor, algo harán por Pedro Minio.

DOCTOR.—¿Cómo no? Eso es elemental. Hoy hablé de ello con Abelardo. Paréceme que nuestro viejo Tenorio, caballeresco y popular, está de enhorabuena. (Aparece Hortensia en el centro del ventanal.)

ESCENA II

Los mismos.—HORTENSIA; después FANNY y TERRANOVA.

HORT.—(Abanicándose.) Aquí me tienen, Superiora y Hermanas.

SUPERIORA.—¡Ah, señora!... ¿No pasa, no quiere descansar un ratito?

HORT.—No, gracias. Ya han tocado á misa.

DOCTOR.—No se entretenga. Aguardamos aquí, con sumo interés, la hora feliz de tener á usted en nuestra compañía.

HORT.—Yo también aguardo esa hora feliz. ¡Noticia! Hoy daré parte al señor Marqués y á ustedes de la boda de mi Fanny con Pepe Terranova, de ilustre familia.

SUPERIORA.—¡Oh, mil enhorabuenas!

DOCTOR.—¿Y será pronto?

HORT.—Espero que coincida con la inauguración del Asilo, de nuestro Asilo...

SUPERIORA.—Doble motivo de júbilo...

DOCTOR.—De júbilo privado... y nacional.

HORT.—Otra cosa. Tenía usted razón, amigo mío: viene á estas misas mucha gente elegante.

DOCTOR.—Ya lo he dicho á usted. Para misas de buen tono no hav como *La Indulgencia*.

HORT.—Al entrar, he visto algunas damas que descendían de sus automóviles en la puerta que la iglesia tiene á la calle.

DOCTOR.—A todo ese señorío eclipsa usted por su elegancia y su majestad.

HORT.—¡Ay, qué adulón y qué zalamero es este hombre! Otra cosa: á usted y á las bondadosas Hermanas quiero pedir un favor.

DOCTOR.—Un favor es poco; pida usted veinte.

HORT.—Nos hemos dejado atrás la impedimenta... Abelardo. Figúrense que en el momento de salir le da por cambiar de traje...

SUPERIORA.—Pero al almuerzo vendrá.

HORT.—Seguramente. El automóvil ha vuelto á casa.

DOCTOR.—Y usted desea que le recibamos aquí y le encaminemos á la Capilla...

HORT.—No, por Dios. A la Capilla, no. Dice que, cuando se arrodilla, le duelen las muelas y le zumban los oídos. Con estas ridículas aberraciones me sofoca, me amarga la vida.

SUPERIORA.—Disculpa tiene quien tanto padece.

FANNY.—(Aparece con Terranova en el ventanal.) Madre, Doctor, se les saluda.

SUPERIORA.—Felices días, señorita y caballero.

FANNY.—Mamá, han entrado en la iglesia los Duques de la Reconquista.

TERRANOVA.—Y los de Mulberg con sus preciosos niños.

HORT.—(Impaciente.) Voy... Quedamos en que cuidarán de mi pobre maniático.

DOCTOR.—Vaya tranquila y oiga la misa con devoción. (Saludan todos.)

SUPERIORA.—Hasta luego... A las doce.

ESCENA III

LA SUPERIORA, EL DOCTOR, LAS HERMANAS.—EL MARQUÉS.
Ha entrado por la derecha, segundo término, poco antes, y permanece en el fondo esperando á que se vaya Hortensia.

DOCTOR.—Ha hecho usted bien en no presentarse. Bastante hemos de aguantarla después.

MARQUÉS.—Para mí no son desagradables ella y su marido, ni la pareja menor... No les hago caso. Me mantengo con ellos en un régimen de cortesía elemental y desinteresada, pues para nada les necesito, y sus riquezas pasan junto á mí como otros espectáculos de la vanidad que en nada me afectan. Convidé á esa señora porque me mostré deseos de ver y examinar despacio el vivir íntimo de *La Indulgencia*, con fines de comparación, de estudio...

DOCTOR.—Sí, sí: para estudios estamos. Ellos mismos contarán á usted cómo se han calentado la cabeza para dar aplicación caritativa á un millón de pesetas.

MARQUÉS.—Dueños son de hacer lo que les dicte su pereza ó su frivolidad. Nosotros á lo nuestro.

DOCTOR.—¿Nos vamos al despacho? (Echando mano al bolsillo.) Aquí traigo los datos recientes.

MARQUÉS.—Aún tenemos tiempo. ¿Cómo van esos preparativos, Madre Luisa? ¿Quedaremos bien?

SUPERIORA.—¿Qué duda tiene?

MARQUÉS.—¿Ha venido Ladislada?

SUPERIORA.—En la cocina está dando órdenes, como un general en jefe en día de batalla. Ya le advertí que en cuanto sintiera bajar al señor Marqués, pasara á darle cuenta de lo que ha dispuesto.

SOR VICENTA.—(Llamando por la puerta de la derecha, primer término.) A Ladislada que venga. (Las dos Hermanas ponen las flores en recipientes de cristal.)

MARQUÉS.—No habrán olvidado que hoy es día extraordinario para toda la familia. Cuando yo banqueteo, es de rigor que mis queridos ancianos participen...

SUPERIORA.—En su comida tienen hoy un plato más, de los de la mesa del señor Marqués, y aquí, en el jardín, les serviremos café, dulces y copas de *champagne*.

MARQUÉS.—Bien, muy bien. (Entra Ladislada por la derecha, primer término, con amplio delantal blanco, muy limpio.)

ESCENA IV

Los mismos.—LADISLADA.

LADISLADA.—Aquí me tiene, señor.

MARQUÉS.—Vamos á ver, ¿qué almuerzo tenemos?

LADISLADA.—Verá, señor. Después de los huevos, que serán *pochados*, pongo el *Lenguado á la normanda*...

DOCTOR.—Adelante.

LADISLADA.—Luego doy los *Riñones á la odalisca*.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué nombre!...

LADISLADA.—Con el nombre de *odalisca* me enseñó este guiso el cocinero de la Embajada de Francia.

MARQUÉS.—Y con eso y un buen asado y postres, redondeamos el almuerzo.

SUPERIORA.—Ya lo creo: es bastante.

DOCTOR.—Pido la palabra... para manifestar que cualquiera de nosotros se daría por muy satisfecho y por muy hartó con el programa ó *menú* que hemos oído... Pero, Hortensia... yo lo aseguro, porque he comido tres veces en su casa y la he visto engullir; Hortensia, digo, con eso no tiene ni para empezar.

MARQUÉS.—Por Dios, Mariano...

SUPERIORA.—¡Jesús del alma! ¿Tan tragona es?...

DOCTOR.—Hagan caso de un testigo ocular, y digan á Ladislada que se corra un poco más.

MARQUÉS.—(A Ladislada.) Conforme... Ya sabe usted.

LADISLADA.—Dispénsenme los señores si les digo que yo, por

mi propio motivo de mí misma, pensé y dije... un suponer: «Tal y como tiene esa señora las anchuras, debe de tener las tragaderas...»

MARQUÉS.—Muy bien.

LADISLADA.—Y á la buena de Dios, dispuse que entre los riñones y el asado diéramos los platos siguientes: *perdices á la palaciega*, *mollejas de gallina á la Colberte*, *manos de cerdo á la huertana*, *coles de Bruselas*, *langostinos*, *patatitas salteadas* y otras frioleras...

DOCTOR.—¡Qué barbaridad!

SUPERIORA.—Eso ya es gula, mujer.

MARQUÉS.—Trátase de un caso excepcional, en que debemos pecar por carta de más antes que por carta de menos.

DOCTOR.—¡Buena se va á poner la Marcolfa!

LADISLADA.—(Aparte, retirándose.) No reventará la condenada.

SUPERIORA.—Aguarda un momento. Por ahora, supongo que no harás falta en la cocina.

LADISLADA.—En un buen rato no haré falta.

SUPERIORA.—Pues mejor ocasión... El señor Marqués tiene algo que decirte... y algo quizás que reprenderte.

LADISLADA.—(Asustada.) ¿Por qué, señora Madre? ¿En qué ha podido faltar esta pobre?

MARQUÉS.—No se asuste... Sé que usted y el fantástico viejo Pedro Minio se entretienen en conversaciones demasiado largas y un poquito mundanas.

LADISLADA.—(Turbada.) Señor...

MARQUÉS.—(Tranquilizándola.) Me figuro que es broma, pasado tiempo.

LADISLADA.—Por la Virgen Santísima, no vean en mí una desalmada.

MARQUÉS.—No es eso. Ya suponemos que no habrá malicia... Pero como ese viejo simpaticón y alegre saldrá quizás muy pronto de nuestra casa, quiero saber qué intención pone en sus coloquios con usted.

DOCTOR.—Podría suceder que fuera de aquí se permitiera el galán habladurías y jactancias indecorosas.

MARQUÉS.—Justamente. La verdad, Ladislada; hábleme usted como hablaría con un amigo, con un hermano.

SUPERIORA.—Ella es buena, sincera, y nada ocultará.

SOR BONIFACIA.—Ladislada, dí al señor Patrono lo que me has dicho á mí.

LADISLADA.—(Cortada al principio, recobra su aplomo á medida que se explica.) Pues... Señor Padre, señora Madre... con toda la verdad del mundo, como si lo que digo lo dijera delante de Dios Trino y Uno... declaro que... nada... que entre los viejos que aquí tenemos distingo á don Pedro, porque es el más adecentado, el más caballeroso, el que se explica con más finura y con más salero... Y aunque él es un vejete, todavía presume, por aquello de *Locura tarde cura*. La verdad de Dios por delante. Una servidora es mujer, y el natural de la mujer, aunque vaya para momia, es que agradezca y que se pague de las atenciones. (El Doctor y las Hermanas asienten expresivamente.) Dios, que ve mi conciencia, sabe que no hay en esto más que un poco de melindre. Si esto es malo, repréndanme, castiguenme.

SUPERIORA.—Castigarte, no... No es para tanto. (Ladislada mira al Marqués, como esperando un fallo.)

MARQUÉS.—(Bondadoso.) No me mire á mí. La Superiora es la que ha de sentenciar.

SUPERIORA.—Oigamos antes á la abogada defensora... Yo sé que lo es la Hermana Bonifacia.

SOR BONIFACIA.—Yo, como siempre, pido absolución.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el que es aquí la autoridad suprema.

MARQUÉS.—(Benévolo, sonriente.) Absolveremos. Es lo más fácil. ¿No le parece á usted, Mariano?

DOCTOR.—Creo lo mismo. El que no tenga pecado de ilusión, tire la primera piedra.

SUPERIORA.—Pronto te han absuelto, mujer. No puedes quejarte. (Ladislada besa la mano de la Superiora para retirarse.)

MARQUÉS.—Pero hay más, Ladislada.

LADISLADA.—(Con nuevo susto, deteniéndose.) ¿Más?

MARQUÉS.—(Su indulgencia tiende al humorismo.) Queda por examinar una ilusión más grave. Sé que gasta usted un perfumillo mundano, y que el viejo galante se acercaba á usted para recrear su olfato, quedándose como en éxtasis. (Las Hermanas y el Doctor sonríen; Ladislada queda estupefacia.)

SUPERIORA.—A ver qué dices á eso.

LADISLADA.—Pues... Dios conmigo y la verdad por delante. Pecadora soy: me confieso, me acuso de llevar conmigo un perfume rico. (Saca del seno el saquito.) Ello no debe ser cosa buena, porque mis sobrinas, que me lo trajeron, son... lo diré todo... son... algo cascabeleras.

DOCTOR.—(Festivo.) Examínese el cuerpo del delito.

LADISLADA.—Hice mal, lo reconozco, en tomar de manos de ellas tal regalo... pero... no puedo negarlo... me gustaba el olorrico. Pecado es, díganlo. Pues ahí va el pecado para que lo echen al fuego, y mí á un calabozo. (Da el saquito á la Superiora.)

SUPERIORA.—(Oliendo.) Es buen olor. (Pasa el saquito de mano en mano.)

SOR VICENTA.—Es rico... elegante.

SOR BONIFACIA.—No es perfume de gente fina.

DOCTOR.—(Con repugnancia.) ¡Uy, si es el perfume que usa Hortensia... el mismo!

LADISLADA.—(Vivamente.) Pues dénselo á ella, que á la cuenta ya está condenada.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el Patrono.

MARQUÉS.—(Conteniendo la risa.) ¿Que sentencie? Allá voy.

Considerando... que estoy constipado y no tengo olfato... absuelvo.

SUPERIORA.—Pues yo también. Toma. (Alargando el saquito á Ladislada.)

MARQUÉS.—Tome, Ladislada, su pecado, y cuando vengan sus sobrinas devuélvaselo. (Ladislada recobra el saquito.)

SUPERIORA.—Y no te entretengas más aquí. Vuelve á la cocina.

LADISLADA.—(Gozosa.) Todo irá bien. Señor Marqués de los Perdones, si buen sofoco me ha dado, buen almuerzo le serviré. ¡Cocinera, á tu cocina! (Vase muy gozosa por la derecha, primer término.)

ESCENA V

LA SUPERIORA, SOR BONIFACIA y SOR VICENTA;
EL MARQUÉS, EL DOCTOR.

MARQUÉS.—Por su inocencia y su bondad merece que se le aplique todo el rigor de *La Indulgencia*. (Se levanta.) Y ahora, Mariano...

DOCTOR.—Vamos.

SOR VICENTA.—(Mira por el ventanal.) Por ahí va solito, contemplando las flores, el marido de doña Hortensia.

SOR BONIFACIA.—¿Le traemos aquí?

DOCTOR.—Vale más que le dejen divagando en el jardín.

SUPERIORA.—Os haría perder tiempo.

MARQUÉS.—(Al Doctor.) Ea, no nos entretengamos.

SUPERIORA.—(Vanse el Marqués y el Doctor por la derecha, segundo término.) Hermanas, dense prisa. Ya es hora de decorar la mesa... Yo, á la cueva. (Vase por la izquierda, primer término.)

ESCENA VI

SOR BONIFACIA, SOR VICENTA, ABELARDO.

SOR BONIFACIA.—(Aderezando los ramitos, mira desde el interior de la estancia.) Ya no veo al pobre enfermo.

SOR VICENTA.—Se habrá ido á la capilla.

ABELARDO.—(Entreabriendo la puerta del ventanal.) Dispénsenme, Hermanas. Me cuelo sin prevenirlas. Esto es un abuso, una frescura.

SOR BONIFACIA.—Está usted dispensado.

SOR VICENTA.—(Se adelanta y le coge del brazo para llevarle á un sillón.) Pase y tome asiento.

SOR BONIFACIA.—¿Quiere que le llevemos á la capilla?

ABELARDO.—¡Oh, no! la capilla muy fea; esto muy bonito.

Aquí están las imágenes bellas, aquí los ángeles, aquí la verdadera santidad. (Se sienta.)

SOR VICENTA.—(Con ademán de cerrar la vidriera.) ¿Le incomoda el aire?

ABELARDO.—No cierre usted. Ni el aire ni la luz me incomodan. Por patios y jardines he divagado un rato con la idea de encontrar á los viejos y de reconocer entre ellos á mi pariente ilustre, el gran Pedro Minio.

SOR VICENTA.—Luego se le traeremos. (Sigue recogiendo y apilando cubiertos de plata.)

ABELARDO.—Hoy no me voy de aquí sin verle. Estará muy viejo.

SOR BONIFACIA.—Su genio festivo disimula su edad. Es bueno, dócil, bien criado; pero atrocemente fantástico.

ABELARDO.—Imaginativo. Vivirá en este mundo y en otros diferentes mundos que inventa para su recreo.

SOR BONIFACIA.—Y cuenta unas historias de galanteos, que dejan tamaño á don Juan Tenorio...

SOR VICENTA.—Al as pobres viejas les emboba con mentiras graciosas.

ABELARDO.—¡Oh! hay que mentir algo... He observado que los imaginativos alcanzan una vejez larga, saludable y feliz... Me ha dicho el Doctor que mi tío vino á la miseria por su prodigalidad sin freno y por sus locuras amorosas...

SOR VICENTA.—Pues todavía el hombre...

SOR BONIFACIA.—¡Vaya! Toma actitudes interesantes y hace el galán de comedia.

ABELARDO.—¡Demonio de viejo! Es graciosísimo. Esto me divierte, me conforta, me da la vida. (La risa y el hablar demasiado le sofocan.) Dispensen, Hermanas: cuando hablo con alguna viveza, me falta la respiración...

SOR VICENTA.—Descanse un poquito. Tome aliento.

SOR BONIFACIA.—Lo que á usted le conviene es hacer vida de campo.

ABELARDO.—¡Ay! no; me aburriría. El campo es un terreno triste por donde se va á las ciudades.

SOR BONIFACIA.—Pues si el campo no le conforta, busque el alivio de sus males en la vida de familia.

ABELARDO.—¡Oh... la familia! Esa es la última trinchera. ¡La

familia! Mi mujer ha venido á ser una bola de plomo que pesa sobre mi corazón... baja luego á mi estómago...

SOR VICENTA.—(Escandalizada.) ¡Virgen Santísima!

ABELARDO.—Creo que me pondría bueno si consiguiera vomitarla. (Escándalo y risa de las Hermanas.)

SOR VICENTA.—¡Infeliz señor! De veras le compadecemos.

SOR BONIFACIA.—No tiene usted fe en la Naturaleza ni en la familia. Enorme desdicha es no creer, que es lo mismo que no amar.

ABELARDO.—(Con alegría y misterio.) Pues ahora siento en mí algo...

LAS DOS.—¿Qué?

ABELARDO.—No es creer todavía, no es tampoco amar. Es como un vago deseo de fe, y una esperanza de... Nada, que siento vivas ganas de creer en ese perdulario gracioso de mi tío... deseos de admirar sus extravagancias, de recrearme con sus invenciones... Me seduce su generosidad sin freno, su salud que parece milagrosa, el culto que consagra al amor aun en sus años maduros... (Queda meditabundo.)

SOR VICENTA.—(Recogiendo la vajilla en una gran bandeja, se dispone á llevarla a jardín.) Don Pedro es como un niño, y los niños alegran y distraen.

SOR BONIFACIA.—Hermana, en cuanto deje usted eso en el jardín, tráigase á Pedro Minió. (Sor Vicenta se retira por la puerta del ventanal llevándose la bandeja.)

ABELARDO.—Que venga, sí. No sólo admiro á mi tío y empiezo á creer en él, sino que además le envidio por vivir dichoso, rodeado de amigos y de personas solícitas. Mi tío, pobre y arruinado, ha venido á tener familia. ¡Qué suerte la suya! Aquí le asisten y le aman; aquí, entre otros bienes inapreciables, tiene los inocentes goces que le sugiere su imaginación, en medio de esta paz placentera.

SOR BONIFACIA.—Señor, no se impaciente, no desconfíe de encontrar la paz que anhela. (Entra por la izquierda Pedro Minió.)

SOR BONIFACIA.—Aquí tiene usted á su tío, Pase, don Pedro. (Retírase la Hermana.)

ESCENA VII

ABELARDO, PEDRO MINIÓ.

ABELARDO.—(Queda suspenso mirando á su tío. Este avanza risueño, despacio.) El hermano de mi madre...

DON PEDRO.—Ese soy... ¡Abelardo, hijo mío! (Le abraza. Abelardo, afectadísimo, no acierta á ponerse en pie.)

ABELARDO.—Tío... (Balbuciente.) Creí encontrarle más caduco, más agobiado.

DON PEDRO.—¡Caduco yo! Por fuera un poco de nieve en la cabeza... Por dentro todo ardor, hijo, todo fuego. Así son, según dicen, los volcanes de América.

ABELARDO.—Así son.

DON PEDRO.—¿Y tú? Enfermo, delicadillo...

ABELARDO.—Soy volcán apagado... casi muerto. (Don Pedro le mira fijamente.) ¿Se espanta usted de mi rostro demacrado, de mi vejez prematura?

DON PEDRO.—No, hijo; no era eso. Es que veo en tí el retrato de tu madre, mi pobre hermana Jesusa.

ABELARDO.—(Afectado por el recuerdo.) ¡Mi madre! Aunque viuda y sin fortuna propia, tenía para vivir y para darme una carrera, por lo menos un oficio... porque usted cuidaba de que nada le faltase... Pero yo era rebelde, avieso. Me consumía la ambición de ser rico. Tanto me trastornó aquella comezón, que un día me escapé de la casita del Tomelloso, abandonando á mi buena madre, y en Cádiz me embarqué... Iba sin remordimiento, alocado, ardiendo en la fiebre de riquezas... Fué una mala acción. (Suspirando.) Sin duda, mi madre murió del disgusto que le di con mi fuga.

DON PEDRO.—(Dándole cariñosas palmadas.) Vamos, hijo, que no estás ahora para revolver amargores pasados. Abelardo, para tener salud, lo primero es dejar ir las cosas por donde Dios quiere llevarlas. Toma mi ejemplo.

ABELARDO.—Pues deme la receta de la eterna juventud.

DON PEDRO.—Es muy sencilla: vivir descuidado, sin contar el dinero ni los años... conformarse con el Destino. ¿Que viene pan duro? Pues dientes en él. ¿Que vienen tortas de manteca? Pues á ellas. Aligerar el peso de la vida con el trato del bello sexo, sin distinguir morenas de rubias, ni señoras de criadas; poner á todas cara tierna, y si á mano viené rendir á la que se descuide, ó á la que se enamore locamente de por sí, que de esto he visto mil casos.

ABELARDO.—Brava filosofía para quien pueda practicarla.

DON PEDRO.—(Bruscamente, movido de comezón ó estímulo gimnástico.) Perdóname: no me levanto por apartarme de tí. Mucho me gusta estar á tu lado; pero necesito andar, moverme. He pasado toda la mañana en el café y en el periódico. (Se pasea; hace flexiones de brazos con movimientos de acróbata.)

ABELARDO.—(Gozoso.) Me encanta su agilidad, tío. ¡Cuánto envidio su fortaleza!

DON PEDRO.—(Sin interrumpir su ejercicio.) Es que te has acostumbrado al encogimiento. Desperézate, sacúdete; echa brazos y piernas por alto. Llena de aire tus pulmones; habla, ríe, canta.

ABELARDO.—Probemos. (Levántase con menos dificultad que de ordinario, movido de su excitación nerviosa. Lánzase á andar, apoyado en su bastón.) Pues sí puedo. Todo es querer.

DON PEDRO.—Claro. ¡Si la mitad de tus males es pereza! ¡Anda, valiente!

ABELARDO.—Pues no me canso mucho... (Ríe.) Me asombro de verme tan ágil. Mire, mire, tío. Ando solo, sin apoyarme. (Vacila un poco; se tambalea.) Poco á poco... tengamos juicio.

DON PEDRO.—(Le da el brazo.) Agárrate... valiente.

ABELARDO.—Más despacio, tío. Me falta la respiración.

DON PEDRO.—(Moderando el paso.) Hasta que te vayas acostumbrando... Aquí donde me ves, yo me siento con cuerda para muchos años.

ABELARDO.—Por de contado, aunque en este asilo está usted muy bien, deseará salir...

DON PEDRO.—Te diré. Aquí tenemos vida cómoda, casi regalada. Pero yo soy hombre de altas miras... Me duele,

créelo, me duele que mis facultades de inteligencia estén ociosas... y naturalmente, mirando al bien de la Humanidad antes que al mío, no tengo inconveniente en ser Director.

ABELARDO.—(Aprobando sin comprender.) Director, sí; dirigir...

DON PEDRO.—Bien sabes que no soy egoísta; que mi deseo, mi deber, es coadyuvar á tus planes grandiosos.

ABELARDO.—Bien, tío: volverá usted á la vida activa...

DON PEDRO.—Más que activa, será, lo que se dice, vertiginosa. Será preciso andar de cabeza, recorrer la Europa entera en busca de todo adelanto, de toda innovación, de todo progreso.

ABELARDO.—(Compadecido.) ¡Pobre tío! ¿Pero no se cansará demasiado?

DON PEDRO.—¿Cansarme yo? No tienes ni remota idea de mi vigor físico y moral.

ABELARDO.—Sin duda ha estudiado usted bien la materia.

DON PEDRO.—¿La materia? Y tanto como la materia, el espíritu... Ya lo habrás notado en mis escritos. (Detiéndose Abelardo con muestras de confusión.) ¿Pero no has leído mis artículos...? Mis artículos *Caridad integral*, *La vejez*, *ilusión de vida*.

ABELARDO.—¡Ah, sí! (Dándose un golpe en la frente.) Sí, tío, sí. ¡Pero qué tonto yo! Los leí. ¡Admirables trabajos! ¡Qué elevación, qué profundidad!

DON PEDRO.—Pues yo te aseguro que tendrás en mí el auxiliar más entusiasta de tu grandiosa idea.

ABELARDO.—Lo creo. (Abstraído.) Las ideas grandiosas, ¿dónde están?

DON PEDRO.—En lo que llamaremos la ciudad encantada.

ABELARDO.—Aquí...

DON PEDRO.—No, allá. Lo que tú imaginas, yo lo ejecutaré. Tú eres la idea, yo la forma...

ABELARDO.—(Fascinado por el lenguaje de don Pedro.) Sí, sí; maestros seremos de la ilusión que imita la vida.

DON PEDRO.—Y á donde no alcance tu voluntad, alcanzará la mía. Sé dirigir, sé organizar, sé dar carpetazo á los años, y animar la vejez.

ABELARDO.—Mucho saber es ese, tío. ¿Cómo puede hacer tanto en tan corto tiempo?

DON PEDRO.—¡Ah! yo me multiplico. El tiempo es mi esclavo. Yo discurro, yo escribo, yo invento historias y hago la historia real; yo amenizo la vida mía y la de los que me rodean; yo reparto la felicidad; yo convierto el cobre en oro, las penas en goces, y en medio de esta acción febril, mi descanso es hacer alguna conquistilla... ¿sabes? con fines de dulce amistad... El ideal, chico, el ideal. No puedo olvidar que soy profesor de juventud.

ABELARDO.—¡Ay, tío de mi alma! (Con reír franco y placentero.) Me río. Hace cuatro años, digo, seis, que no he gozado el bien de la risa tonificante. Abrácame. (Don Pedro abraza con fuertes apretones.) Más, más. No sé qué tiene usted. Sus gracias y sus disparates, si lo son, que aún no lo sé, me subyugan... me confortan.

DON PEDRO.—Como que oyéndome te has remozado. Pareces otro.

ABELARDO.—Y lo soy. ¿Es ilusión, ó me siento en realidad aliviado de mis dolencias?

DON PEDRO.—Respiras mejor.

ABELARDO.—Sí. (Tentándose el cuerpo.) Y dolores que me atormentaban, se esconden, se disipan, huyen.

DON PEDRO.—(Con entusiasmo.) Hijo mío, mi contacto dulcifica tus males.

ABELARDO.—Sí, sí: yo también soy Minio.

DON PEDRO.—Tu apellido materno, el mío, es un emblema, un color, el rojo de la sangre.

ABELARDO.—El glóbulo rojo... Eso necesito. (Ríe con mayor efusión.) La risa me sofoca. (Requiere la silla.)

DON PEDRO.—Ríete, alégrate... descansa. (Abelardo se sienta.)

ESCENA VIII

Los mismos.—**LADISLADA**, que entra por la derecha.

LADISLADA.—¡Ah, don Pedro!... Venía en busca de la Madre.

DON PEDRO.—Pase... ¡Oh, Ladisla...!

ABELARDO.—¡Ah! ¿Es esa Ladislada, la novia de usted?

DON PEDRO.—(Dándose tono.) Sí. Lo sabes por Sor Bonifacia; por el Doctor, quizás. (Acércase á ella y le acaricia la barbilla.) ¿Verdad que es bonita?

LADISLADA.—(Avergonzada rechaza la mano de Minio.) ¡Ay, quite allá! ¡Qué descaro!... Señor, no haga caso. Este don Pedro desagera la mar. Es medio loco, y como aquél que dice, poeta.

ABELARDO.—Y de los buenos.

DON PEDRO.—Yo digo que Ladisla...a es la poetisa del buen comer.

LADISLADA.—¡Qué pesadito se pone! Déjeme saludar á su sobrino para que no diga. ¿Cómo está, señor?

ABELARDO.—Yo... aliviadito... Páreceme que voy mejorando.

LADISLADA.—Pediremos á Dios que le dé completa salud.

ABELARDO.—Y que me dé la paz... junto á seres queridos...

LADISLADA.—Eso deseamos todos... paz y alegría junto á personas que nos agradan. (Con súbita idea y efusión.) Señor, si no se enfada, yo le pediré que no nos quite á don Pedro, que es aquí como aquél que dice popular; es la alegría, el tono fino y el alma de este cotarro de la vejez.

ABELARDO.—(Aparte meditabundo.) ¡La vejez dichosa!... Escarnio es esto de la juventud miserable. (Queda hondamente abstraído.)

DON PEDRO.—(Aparte á Ladislada.) Hicimos pacto de ideal amistad, de vida común en las adversidades y en las venturas. Y pues la suerte ha favorecido á Pedro Minio, Ladislada debe seguirle.

LADISLADA.—Quite, quite. Ni yo me voy de esta casa, ni usted tampoco. Ya me arreglaré para retenerle aquí. (La Her-

mana Vicenta entra por la derecha con una bandeja llena de copas, y pasa al jardín por la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—(Recobrándose de su abstracción.) ¿Qué es eso?

LADISLADA.—El señor Marqués quiere que los viejos participemos de su banquete. Nos servirán un plato extraordinario, y en el jardín seremos obsequiados con café, dulces y *champagne*.

ABELARDO.—(Se levanta, va hacia el ventanal para mirar hacia afuera.) ¡Bendita casa, en que mora la suprema piedad!

LADISLADA.—¿Pues qué creía usted?

DON PEDRO.—Fíjate en estos ejemplos de misericordia para imitarlos, y si es posible superarlos.

LADISLADA.—(Viendo venir a Hortensia por la izquierda.) Silencio, que viene Marcolfa. (Al oír esto, Abelardo cae desplomado en un sillón.)

ESCENA IX

LOS MISMOS.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, que entran por la izquierda; SOR BONIFACIA, que viene del comedor. Asustados, Pedro Minio y Ladislada se retiran á la derecha.

HORT.—(Destemplada, impertinente.) Aquí estoy. ¿Y tú qué tal? Un siglo te estuve esperando. A poco más perdemos la misa. (Abelardo permanece taciturno.)

SOR BONIFACIA.—El señor Marqués y el Doctor están en el despacho terminando un trabajo. Bajarán en seguida.

HORT.—Les aguardaremos aquí. (Á su marido.) No me has contestado á lo que te pregunté. ¿Cómo te encuentras?

ABELARDO.—(Mirando al suelo.) Mal... Tengo frío.

HORT.—¡Si hace calor!

ABELARDO.—Al abrirse la puerta para entrar tú, entré contigo una ola de frío.

HORT.—(Tocándole el rostro.) ¡Bah!... Imposible que sientas frío.

FANNY.—Es miedo... sensación refleja.

TERRANOVA.—Autosugestión.

ABELARDO.—Ahora tengo calor.

HORT.—(Tocándole otra vez.) Tampoco es verdad. Estás de buen temple.

FANNY.—Mamá, él sabrá lo que siente.

HORT.—No, hija, no lo sabe. Hasta para sentir dolores, necesita que yo se los apunte... ¿Has tomado la taza de caldo?

ABELARDO.—(Tímidamente.) ¡Ay! se me pasó.

HORT.—¿Lo ves? No puedo dejarte solo.

SOR BONIFACIA.—Si nos hubiera pedido el caldo, al instante...

ABELARDO.—Ya es tarde.

HORT.—Tarde es ya para el caldo. Ya veo que con tu memoria no hay que contar. ¿A que no has hecho lo que te mandé al salir de casa?

ABELARDO.—(Como alelado.) Ya no me acuerdo.

HORT.—Que aprovecharas el pasar aquí la mañana para ver á tu tío, á ese tío casquivano y mujeriego que...

ABELARDO.—Si le tienes aquí. No me acordé de presentártelo. (Don Pedro avanza en actitud ceremoniosa: hace una reverencia.)

HORT.—¿Es este viejecito?... ya.

DON PEDRO.—(Iguándose.) Con perdón, mi vejez es como quien dice relativa, ó hasta cierto punto.

HORT.—Vamos, que usted se ha plantado... Hace bien. (Fijándose en Ladislada.) ¿Y aquella señora anciana?

FANNY.—Es Ladislada, la gran cocinera.

HORT.—Buena mujer, ¿está usted á gusto en la *Indulgencia*?

LADISLADA.—Sí, señora: esto es la gloria.

FANNY.—Como que viven en plena ilusión.

LADISLADA.—Según como se mire, señorita. Aquí está la verdad; fuera de aquí la mentira.

HORT.—¿Cómo es eso?

LADISLADA.—Dígolo porque aquí los viejos parecemos lo que somos, y en el mundo no son lo que parecen.

TERRANOVA.—¡Pero si aquí, según dicen, se pasan ustedes la vida en simulacros divertidos, parodiando la alegría, la riqueza, la juventud!

DON PEDRO.—(Queriendo intervenir.) Déjenme que explique...

LADISLADA.—(Con mirada y gesto le impone silencio.) Cállese el viejo zangolotino. (Alto.) En la *Indulgencia* comediamos, pero no engañamos.

FANNY.—¿Y esa ráfaga de Carnaval con que se divierten un día sí y otro no?

LADISLADA.—Carnaval hay por acá; pero no nos ponemos careta, quiere decir, rostros postizos.

HORT.—¡Vaya que es desenvuelta y redicha la cocinera!

DON PEDRO.—(Asustado, aparte á su amiga.) Ladislada de mis entretelas, mire que esta Marcolfa es muy mala, y si nos peleamos con ella, ni á usted ni á mí nos llevará...

LADISLADA.—(Vivamente.) ¡Ni falta!

HORT.—(A su marido.) ¿Qué dices á esto, Abelardo?

ABELARDO.—(Completamente abrumado y sin voluntad.) No me entero de nada. Me he quedado sordo.

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, EL DOCTOR, LA SUPERIORA, que entran por la derecha, segundo término.

MARQUÉS.—Señora mía, dispéñeme.

HORT.—Marqués, usted siempre trabajando. No sé si admirarle ó compadecerle.

FANNY.—Las dos cosas.

HORT.—Un hombre independiente, riquísimo...

MARQUÉS.—¿Pero cree usted que un régimen como el de esta casa, y sus complejos organismos, no dan mil quehaceres y cavilaciones?

HORT.—Sí, sí, lo comprendo. Y yo sería muy dichosa si pudiera imitarle. ¿Verdad, Abelardo, que le imitaríamos si pudiéramos? (Abelardo, medio alelado, mira á su mujer y vuelve el rostro.) ¿Verdad que tus dolencias nos embargan la atención, y no podemos pensar en otra cosa?

ABELARDO.—(Seca y lúgubrememente, sentado junto á la mesa central.) Mi trabajo es padecer.

FANNY.—(Con Terranova, detrás de la mesa.) Ninguna ilusión le arrastra, ningún estímulo le saca de su inercia.

HORT.—Vean ustedes por qué desmayamos en nuestro propósito.

MARQUÉS.—Pero me ha dicho Mariano que no desisten...

HORT.—Desistir, nunca.

FANNY.—Continuamos observando, aprendiendo.

HORT.—Hoy precisamente, después de misa, hemos recorrido algunas salas, y los recreos de la huerta. Por cierto que... Dispéñeme si le digo mi opinión con toda claridad. Soy muy franca.

LADISLADA.—(Aparte.) Dí que eres más fresca que la Cibeles.

MARQUÉS.—Diga usted cuanto piense.

HORT.—No acaban de gustarme las licencias que aquí disfrutaban los asilados, ni la imitación de los regocijos y locuras del mundo.

MARQUÉS.—Los huéspedes de la *Indulgencia* no son criminales; son pobres viejos inútiles y desamparados. En esta idea se inspiró la santa fundadora. ¿Que este sistema no es el único; que hay otros? Ya lo sé. Los respetamos sin entablar disputa sobre las excelencias del nuestro.

LADISLADA.—(Aparte.) Toma, y vuelve por otra.

HORT.—Perfectamente, Marqués. Usted proclama la libertad de opiniones; yo la libertad de planes. Los nuestros no son propiamente un sistema. Circunstancias aflictivas nos han determinado á simplificar nuestro proyecto. ¡Ay! Después de mucho meditar, hemos acordado... lo primero evitarnos molestias, desazones y quebraderos de cabeza.

DOCTOR.—Muy bien. Es lo más humano.

HORT.—Lo segundo, no construir edificio. ¿Qué falta nos hace construir, si en España sobran locales para éste y otros objetos píos? Tampoco necesitamos personal, porque nos lo darán ya constituido.

DON PEDRO.—(Aparte, escamado.) Oído á la caja, que esto es grave.

HORT.—El millón de pesetas que destinamos á esta magna obra en servicio de Dios, lo entregaremos á los Reverendos Padres Capuchinos de la Paciencia (Súbita mueca y ceño fosco de don Pedro), los cuales se encargan de organizar y de instalar la institución en su propia casa, de adquirir el preciso material, de recoger los primeros asilados; todo ello bajo la inspección y consejo de un patrono, que podremos llamar *Director* (El rostro de don Pedro se ilumina), ó llamémosle *Comisario General*.